

Estudios Sociales
Vol. XL, Número 140/141
Abril - Septiembre 2005

Editorial

**¿DÓNDE ESTÁN REALMENTE LOS NUDOS
DE LA POBREZA?**

La pobreza es un fenómeno de larga data, extenso territorio e intrincada demografía. Cualquiera de las definiciones que se manejan en la literatura para intentar definir el fenómeno de la pobreza debe enfrentarse a esta maraña de datos y variables. Sea que consideremos la pobreza como falta de ingresos, necesidades básicas insatisfechas (basados en el concepto popular o en la categorización del desarrollo a Escala Humana), vulneración de capacidades, o que se quiera contar con la visión subjetiva de quienes la padecen, coincidimos en que se trata del problema más grave que padece la humanidad y probablemente la vulneración de las personas que genera más exclusión.

La pobreza no es un fenómeno casual. Tampoco es fruto de la providencia divina, como muchos aún piensan para sorpresa de la cultura científica e ilustrada que pretende imponerse desde las múltiples instituciones dedicadas al desarrollo. Concretamente, la pobreza actual, es decir con las características masivas y localizadas que la conocemos hoy, es básicamente un producto de la lógica de acumulación capitalista. De ahí que, con el Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo con quien publicamos este número doble especial de la revista, prefiramos hablar de una pobreza estructural que supone una interpretación compleja de

la manera en que están establecidas las políticas distributivas y redistributivas en la sociedad contemporánea.

Para hablar de pobreza estructural, partimos en primer lugar del hecho de que la pobreza en América Latina, también en el caso dominicano, es un fenómeno con raíces tan profundas, que su génesis puede hacerse remontar al propio proceso de gestación de las repúblicas independientes, es decir, aún antes de que estos ensayos de estado-nación hayan conocido la luz.

Focalizando la atención en la historia dominicana pueden advertirse procesos que dejaron una huella, aún visible, en el estado de exclusión y pobreza en el que viven la mayoría de dominicanas y dominicanos. Entre estos eventos se cuenta, en primer lugar, la violencia de los procesos de colonización que llevó a la exterminación de la población indígena y forzó la inmigración esclavizante de africanos occidentales. A esta herencia que da un tono racial a la exclusión social dominicana, se vinieron a sumar los procesos de independencia que nos encaminaron hacia la instauración de la Primera República, y que marcaron un estilo caudillista en el ejercicio del poder público.

La corrupción y el abuso de poder, desde los primeros gobiernos poscoloniales, marcaron la transformación del país de rural a urbano; fuimos urbanizados a la fuerza y, curiosamente, con compensaciones personalistas. Expropiación de tierras a los campesinos, incentivos agropecuarios a latifundistas, incentivo de procesos de industrialización en las zonas urbanas, marcaron un proceso migratorio a costa de la propia voluntad de los migrantes que buscaban un espacio capaz de brindar oficios y condiciones para una vida, al menos de sobrevivencia. A esos mismos migrantes se les ofrecían "cruzadas de amor", que les distribuían ocasionalmente bolsas de alimento con amplia propaganda periodística, con el objetivo de acallar su dignidad y contar con su agradecimiento como deuda eterna.

Vivimos al unísono procesos de desarrollo económico, siempre trasnochados, siempre tardíos junto con un abandono real de lo rural, que transformaron los mecanismos de supervivencia de las personas. Este supuesto "modelo de desarrollo" hizo nacer una pobreza rural cruda que hoy, después de 163 años de vida republicana, sigue vigente y con vocación a hacerse crónica. Junto a ella, se constata el crecimiento de grandes nichos de marginali-

dad urbana, sorprendentemente, sobre todo, en aquellas ciudades privilegiadas de nuestro país en donde fluyen, sin importar el partido político en el gobierno, las inversiones de capital que hacen nacer en la gente la posibilidad de acceder a un empleo, por precario que este sea.

A todo esto cabe agregar una larga historia de irresponsabilidades y negligencias en materia de política social que ha caminado de manera desarticulada y alejada de las políticas económicas. Irresponsabilidades y negligencias que lejos de desatar los nudos de la pobreza, han contribuido a apretarlos. La actual política social, bajo la influencia de organismos internacionales, camina sobre una especie de nuevo humanitarismo que plantea dispositivos de intervención para reducir la pobreza, tales como la focalización o políticas compensatorias que tan sólo se ocupan de cubrir “mínimos biológicos” para satisfacer necesidades básicas, y cuyo resultado es debilitar el ejercicio de una ciudadanía integral. Este modo de concebir la política social pretende dejar la responsabilidad de la pobreza sobre el ser humano sin cuestionar las estructuras. Quizá aparezca aquí un nuevo escenario de actuación para ONGs y otras organizaciones civiles cercanas a la suerte de los sectores más vulnerados: el de articular una acción conflictiva, crítica y de supervisión ante concepciones políticas que, por así decir, fabrican pobres de oficio, robándoles su subjetividad.

Podemos concluir que semejante panorama político fortalece las distribuciones excluyentes y da cada vez más fuerza al mercado. Pues bien, ante este contexto, romper, desatar o “aflojar” los “nudos de la pobreza” parece cada vez menos responsabilidad de la propia gente que encuentra vulnerada su calidad de vida. Este proceso de des-responsabilización debe ser cuestionado si se quiere enrostrar de manera integral las situaciones de pobreza estructural. Es importante que la gente se involucre en lograr soluciones integrales, pero sin perder de vista que el peso mayor no puede o no debe estar en la gente que padece la exclusión.

Para enfrentar las consecuencias de un estado de pobreza perpetuado por generaciones, ya enraizadas en las estructuras sociales, hay que ir más allá de la voluntad personal, de las inspiraciones de mesías o de la ubicación de ejemplos de éxito de casos particulares que logran superar las barreras estructurales

de la exclusión, del mercado o del estigma del origen. Superar la pobreza estructural supone la conjugación de políticas públicas decididas y definidas que estén dispuestas a pagar el precio de la condena política. Supone una intervención del Estado constante y continua, que se riña con los intereses privados causantes de expoliación y recupere la fuerza y el interés hacia lo público. Es decir, políticas públicas no paternalistas, ecos del caudillismo decimonónico, que no debiliten la dignidad y el sentido del deber de las personas.

La participación de las personas empobrecidas, excluidas, vulnerables, debe ir encadenada a la búsqueda de una construcción de ciudadanía recuperadora, a fin de que se desarrolle en la gente esa certeza de que tienen derecho a disfrutar de las riquezas que se generan en el país. Pero esa participación de la gente supone el trabajo paralelo con el reordenamiento de las políticas distributivas y redistributivas, en consonancia con un replanteamiento de su espíritu de fondo.

Desatar los nudos de la pobreza tiene que ver con la eliminación de las barreras del mercado en ese juego de poder liberal que antepone los intereses particulares, apelando a un concepto individualista de la libertad por encima del interés colectivo.

Pensamos también que no basta con desatar los nudos que estrangulan la supervivencia cotidiana y que niegan la posibilidad de poder cubrir necesidades de subsistencia y protección. Nuestra posición pretende cortar las sogas que forman los nudos, es decir, los procesos sociales que impiden satisfacer las necesidades de afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad. Estas necesidades implican el acceso igualitario a un mercado con reglas más justas, acceso al poder político, bajo el establecimiento de nuevas reglas en el juego de los procesos electorales, y la libertad (no la definida por el liberalismo economicista) de poder disfrutar de todos los derechos que otorga el hecho de pertenecer a una sociedad constitucionalmente ordenada.

Bajo este entendido, afirmando que nuestra utopía está fijada en el establecimiento de una sociedad justa en donde exista igualdad de derechos en el sentido más amplio de la palabra, desatar los nudos tiene que significar la lucha hacia un cambio estructural del sistema político, económico y social, concebido y

desarrollado desde nuestro interior a partir de nuestra realidad, buscando fortalecer lo público, supeditando el interés privado e incorporando a los sectores excluidos en la construcción de un concepto de ciudadanía que promueva la participación activa, con una conciencia crítica capaz de destruir las estructuras del clientelismo, la corrupción y el nepotismo.

En este sentido, el presente estudio, de Ramón Tejada Holguín y Jeffrey Lizardo, constituye tan sólo un punto de arranque. Los autores intentan analizar la pobreza como un fenómeno multidimensional, irreductible a las aproximaciones cuantitativas predominantes, que nos habla de los límites de los procesos de ciudadanía. El análisis en tres barrios diferentes del Distrito Nacional, a través de la combinación de técnicas cuantitativas y cualitativas, pretende dar cuenta así de las especificidades de sus contextos particulares y de cómo inciden en la perpetuación o en la ruptura del círculo de la pobreza. El cambio estructural del sistema político, económico y social, nos llevará a considerar la pobreza como una realidad social supeditada a algo más fundamental y real: el reconocimiento real de todas las personas, como iguales y libres, pero convocadas a construir un mundo respetuoso y solidario.

Nota: Con este número doble 140-141, correspondiente al período abril-setiembre 2005, continuamos con el esfuerzo iniciado en las ediciones anteriores para ponernos al día en el ritmo de nuestras publicaciones. Extendemos nuestras sinceras disculpas a nuestros suscriptores y lectores.

Santo Domingo, agosto de 2007.